

# Unas gotas de aceite

SIMONETTA AGNELLO HORNBY

Con 28 recetas de CHIARA AGNELLO

Traducción y glosario de Teresa Clavel

Título original: *Un filo d'olio*

© Sellerio Editore, Palermo, 2011

© de la traducción y del glosario: Teresa Clavel, 2016

© de esta edición: Gatopardo ediciones, 2016

Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>º</sup>-1<sup>ª</sup>

08008 Barcelona (España).

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Simonetta Agnello Hornby en 1950

ISBN: 978-84-945100-5-2

Depósito legal: B-19155-2016

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

UNAS GOTAS DE ACEITE



*A Elenù y Teresù*



## HERMANAS

Hacía años que deseaba reproducir las recetas de los dulces de la abuela Maria, escritas por ella en un cuadernito con las páginas numeradas y provisto de índice, un libro como Dios manda. Tenía en mente un trabajo a cuatro manos con mi hermana Chiara. Pese a que desde hace cuarenta años vivimos en diferentes islas, todos los veranos nos reunimos en Mosè —nuestra casa de campo— y seguimos cocinando como nos enseñaron mamá y la tía Teresa, su hermana: fieles a las proporciones, absortas en la preparación, respetuosas con los ingredientes, dando rienda suelta a la imaginación sólo en la presentación del plato una vez acabado. La idea era hacer revivir la cultura de la mesa de nuestra casa a través de sus recetas, de fotografías de época y de algunas páginas «narrativas», para las cuales recurriría a nuestros recuerdos y a los relatos de mamá. Por supuesto, tendríamos que añadir explicaciones a las recetas, pues en algunos casos eran bastante escuetas: nombre del plato, lista de ingredientes y cantidades.

Un día, en la cocina de Palermo, me puse a hojear una vez más el cuadernito de las recetas de la abuela. En las

páginas de rayas verdes, un poco descoloridas, había huellas de dedos manchados de manteca de cerdo y mantequilla: las mías. Recordé el disgusto de mamá cuando las vio. La escritura familiar de la abuela —una mezcla de letras angulosas y vocales ondeantes, pero regular y armoniosa— me cautivó, y de repente fue como si me cogiera de la mano: quería que escribiese sobre ella, Maria, y no sólo de sus recetas. Tuve que despedirme del libro de los dulces de la abuela para entrar con ella en un mundo totalmente suyo, desde que, a los dieciséis años, se casó con un hombre que le doblaba la edad y se había quedado prendado de ella viéndola jugar en el jardín con sus hermanos pequeños. Pero, de todas formas, continuaba pensando en las recetas.

El mes de junio pasado, en Mosè, me entraron ganas de escribir otras recetas —dulces y saladas, las de los platos sencillos pero sabrosos que comíamos en el campo cuando Chiara y yo éramos niñas—, unas que van acompañadas, igual que las de la abuela, de un sinfín de personajes, atmósferas y sensaciones. Quería hacer un libro con ellas y publicarlo enseguida, sin pérdida de tiempo, antes que cualquier otra cosa. Así fue como en agosto, entre la barahúnda de hijos, nueras, nietos, invitados, perros y gatos, Chiara y yo concebimos la estructura: recuerdos y recetas. Empecé a escribir ese verano con ímpetu, y continué en otoño, de vuelta en Londres. Chiara, mientras tanto, escogía, probaba y reescribía las recetas. Nos comunicábamos por correo electrónico y por teléfono: «¿Viste alguna vez a mamá y a la tía Teresa con sandalias?», «¿Qué hacíais Gabriella y tú?, no se os veía nunca...», «¿Recuerdas si poníamos alquermes en la sopa inglesa?», «¿Dónde estaba papá cuando interceptaron el coche del tío Giovanni?», «¿De qué tono de azul era el delantal de Rosalia?», «¿Cuántos acerolos había?».



O sea que, en realidad, es como si los recuerdos hubieran sido escritos a cuatro manos. Más aún, a seis, porque nuestro primo Silvano, el hijo de la tía Teresa, nos ha hecho de asesor. Recorrer juntos los años de la infancia, reconstruyendo sucesos que cada uno percibió a su manera, confrontando los recuerdos propios con los de los otros primos y los de los campesinos, ha sido divertidísimo. La versión final, por supuesto, es mía, y asumo toda la responsabilidad.

Antes de Navidad, el texto estaba terminado. En poquísimos tiempo, Chiara revisó y organizó las recetas. Y aquí está *Unas gotas de aceite*: escrito sin nostalgia, pero con amor y gratitud a mamá y la tía Teresa, dos hermanas muy unidas que jamás tuvieron el más mínimo roce. Cada vez que preparamos uno de sus dulces, nos parece que la tía Teresa vuelve a la vida: cabellos blancos, collar de perlas y la sonrisa con la que le pasaba la cucharita a mamá con el indefectible: «Elenù, pruébalo tú, que se te da muy bien saber si está en su punto», a lo que ésta contestaba indefectiblemente también: «¡Perfecto, Teresù!».

Al lector que se anime a preparar nuestras recetas, le deseo que las encuentre igual de apetitosas.

SIMONETTA AGNELLO HORNBY

Londres, primavera de 2011



**LA MUJER CON LA CABEZA EN EL SACO**

El traslado a Mosè se realizaba en varias etapas. A primera hora de la mañana, Paolo, el chófer, cargaba en el jeep maletas, paquetes y productos de limpieza, y llevaba en avanzadilla a Filomena y Caterina para que limpiasen la casa y metieran las provisiones en la despensa antes de nuestra llegada, por la tarde. El trayecto desde Agrigento, donde vivíamos, a nuestra casa de campo, en Mosè, era breve —no más de veinte minutos—, y Paolo regresaba a la ciudad después de almorzar para cargar más bártulos y recoger a otros tres pasajeros: Julinka, o Giuliana, como la llamábamos nosotros, la niñera húngara; Francesca, hermana de Filomena y criada «fina» de mamá, que se había quedado en casa para servirles el almuerzo a mis padres, y yo. El jeep seguiría al Lancia 1700 —un cupé de color amaranto, el único en todo Agrigento—, con papá al volante y mamá a su lado, que llevaba en brazos a mi hermana Chiara.

Desde primeros de mayo, en casa no se esperaba otra cosa que el anuncio del traslado. Papá lo hacía, como máximo, con dos o tres días de antelación —le gustaba decidir en el momento—, así que era preciso que no nos pillara desprevenidos. Y a nosotros eso no nos pasaba nunca. A partir

de la feria de Pascua, mamá empezaba a comprar y guardar lo necesario para reabrir la casa de Mosè: lejía, potasa, alcohol, velas y cera para suelos; mientras tanto, Filomena y Francesca lavaban, planchaban y metían en los cestos sábanas, manteles y toallas de Mosè, que, como todos los años, el otoño anterior habían sido llevados a Agrigento por temor a la humedad; Caterina, por su parte, preparaba bolsas de legumbres, paquetes de azúcar, té, café, pasta, arroz y suficientes latas de atún en aceite y anchoas saladas para un regimiento. La maleta con la ropa de campo de Chiara y mía estaba preparada desde hacía tiempo, al igual que los juegos y los libros que nos llevábamos, además de las provisiones de tiritas, algodón en rama y agua oxigenada que preparaba Giuliana para nuestras inevitables heridas.

Era como si estuviésemos a punto de emprender un aventurado viaje a un lugar recóndito de la otra punta de Sicilia, desde donde, durante todo el tiempo que durase el veraneo, sería imposible acceder a un núcleo habitado.

Aquel año, 1950, se produjo un contratiempo. El día establecido para el traslado se presentaron por sorpresa los parientes de Castelvetro y hubo que invitarlos a almorzar. Mamá envió a Francesca a la cocina para que le dijese a Caterina que no podía marcharse porque la necesitaba allí, y a Filomena, que iría a Mosè sola con Paolo. Y sucedió algo inconcebible: Filomena se negó, y daba tales voces que se la oía en toda la casa. Giuliana, con la excusa de que nos probáramos unos delantales, se apresuró a llevarnos a la habitación de Melina, la costurera, contigua a la antecocina y desde donde podría escuchar fácilmente sin ser vista. Filomena pretendía que Caterina, dada su condición de viuda, fuese a Mosè en su lugar; la sustituiría ella en los fogones, porque, al ser soltera, el hecho de que

la vieran en coche con Paolo, los dos solos, acabaría con su reputación y le impediría para siempre encontrar marido. Caterina no quiso ni oír hablar del asunto: «¡Yo soy cocinera, no criada como tú!». Como tal, le correspondía llenar la despensa en Mosè, y eso era lo que haría. Luego, levantando la voz, añadió que ella también tenía una reputación que salvaguardar — «¡Da igual que una sea viuda, soltera o casada!»— y si lo que decía Filomena era verdad, ir sola en coche con don Paolo se la arruinaría. Filomena replicó, gritando a pleno pulmón, que de ella ya se hablaba bastante por ciertas miradas que cruzaba con el repartidor. La otra, entonces, no se contuvo y le espetó lo que todo el mundo sabía: pese a los incansables esfuerzos de su madre, Filomena, en el umbral de los cuarenta, antipática y nada guapa, no sólo no había recibido ninguna proposición de matrimonio, sino que no la recibiría nunca. Estaba destinada a quedarse soltera, al contrario que su hermana Francesca, a la cual, más joven y dócil, proposiciones no le habían faltado.

Filomena, que, como era de dominio público, no sabía cocinar, se dejó llevar por la impaciencia de cerrarle la boca a Caterina: «¡Estás celosa porque cocino mejor que tú, por más que te hagas llamar cocinera!». Caterina se echó a reír y, sin morderse la lengua, le contestó que no tener ni idea de cocinar era otra de las razones por las que no había encontrado, ni encontraría nunca, marido. Y además, don Paolo era padre de familia y en los treinta años de servicio que llevaba con los barones Agnello jamás se había propasado con ninguna mujer de la casa, de modo que no iría a extralimitarse precisamente con ella. Caterina añadió que, viéndolos en el jeep del joven barón, cargada la baca hasta los topes de bolsas de todos los tamaños, además de cubos, palos de escoba y otros utensilios para lavar los suelos, a nadie se le pasaría por las mientes que fuesen a dar un pa-

seo romántico y mucho menos a fugarse. «¡Cateta!, pero ¿no te das cuenta de que no te quiere nadie?» Y dicho esto, Caterina arrojó ruidosamente sobre la mesa una bolsa de pistachos.

En ese momento Giuliana nos llevó, todavía con los delantales embastados puestos, a donde se hallaba mamá para contarle lo sucedido con todo lujo de detalles. Los gritos, como es natural, habían llegado hasta el salón —donde se esperaba el regreso de papá, que ignoraba aún la llegada de los primos—, pero mamá, pese a haberlos oído de sobra, se había mostrado indiferente a ellos mientras los invitados aguzaban el oído y se miraban perplejos. Cuando Giuliana hubo terminado su afligido relato, intercalado de «¿Se da cuenta?» y «No puedo creer lo que estoy oyendo», y el tío Marco, un hombretón sombrío de voz profunda que tenía fama de médium, se ofreció a averiguar qué estaba ocurriendo, mamá no pudo seguir haciendo como si tal cosa: se levantó y fue ella misma a la cocina, sola. Pero ni siquiera su presencia consiguió aplacar a las dos rivales, de modo que, como último recurso, mamá mandó llamar a Rosalia, la esposa del portero.

Rosalia era una mujer sabia y astuta. Pese a ser diminuta, sabía hacerse respetar por sus interlocutores, hombres y mujeres, mirándolos a la cara con sus grandes ojos centelleantes. Conseguía que la escucharan y obedecieran sin levantar la voz. Y así ocurrió también en aquella ocasión: se decidió que Filomena iría a Mosè con Paolo, pero con la cabeza cubierta con un saco que sólo se quitaría cuando el jeep se hubiese adentrado en el camino privado de Mosè.

Giuliana nos vistió deprisa y corriendo para llevarnos a la portería con el fin de ver la salida del jeep desde el zaguán. Era una húngara atractiva, casada con un siciliano que al estallar la guerra la abandonó en Trieste por una



1. Mosè a principios del siglo xx.